
III

EL HOMBRE

Entre Confucio y Hernández han existido sólidas líneas naturales de convergencia, que, ligadas cada una a las respectivas características de su medio, le han llevado a priorizar al hombre por sobre los demás requerimientos planteados en la amplitud del ordenamiento social. Los más grandes exponentes del pensamiento humanista a lo largo de la historia universal han mantenido profunda identidad en los principios fundamentales que orientaron sus reflexiones sin que en ello participen ni tiempo ni lugar, ni niveles de formación, ni conocimiento de los conceptos previamente sustentados. Esta congruencia valoriza significativamente la tarea cumplida por ilustres pensadores, que conservando las características peculiares del medio del que proceden y los rasgos reconocidos del ambiente al que va destinado el mensaje, cubren una misión de esclarecimiento de elevado sentido, en cuanto a la ubicación del hombre ante las circunstancias que le son propias en determinadas etapas de su intervención en la vida comunitaria.

El paralelismo apuntado tendrá, en el caso que motiva el presente trabajo, no una instrumentación académica como lo puede suponer la filosofía confuciana tomada como referente en la consideración de la obra de Hernández, pero sí un desarrollo sustentado en la comparación elemental de los cimientos que han inspirado a uno y otro modelo, que pese a tener, aparentemente enfoques de muy distinto substrato, coinciden en la esencia del recado que se deposita en la conciencia del lector que en muchos casos no es tal, sino quien lo recibió por vía de transmisión verbal. Esto es común en China, Corea, Japón y aun en Indochina en lo atinente a los aforismos de Confucio, y en el Cono Sur americano, en lo concerniente a las sentencias de Martín Fierro.

Indudablemente se notarán matices diferenciales en el contexto de

los versos hernandianos, en relación con lo manifestado por el "Maestro de los Diez Mil Siglos" teniendo en cuenta la tipicidad de su escuela, pero lo que interesa resaltar es la notable armonía que se manifiesta en su contenido práctico que va desde una ratificación indirecta, hasta una equivalencia integral de la afirmación.

Confucio y Hernández, *Martín Fierro* mediante, ofrecen un amplio abanico de correspondencias que despiertan una justificada curiosidad, que inevitablemente encamina hacia la meditación. Su común denominador es el hombre, como centro insoslayable de gravitación por sobre todo lo creado; de modo que todo lo que a él aluda le concierne. Esta es la razón primordial por la que tantos siglos de distancia entre uno y otro modelo no han variado la óptica del concepto de dignidad, justicia, libertad, valor, lealtad y sabiduría, dentro de una plena vigencia de la paz.

Para lograrlo, el hombre debe participar con ahínco en el sostenimiento y, más aun, en la motivación del equilibrio y la proyección de la comunidad a la que pertenece. Esto no por mera formulación enunciativa, sino por ser elemento trascendente de su perfil filosófico y por consiguiente de su definición como protagonista de la existencia que comparte.

La presencia del hombre en el mundo ha generado una sucesión ininterrumpida de hechos, que a la par de lanzarlo hacia un futuro incalculable le ha deteriorado o al menos aletargado valores esenciales del espíritu, dificultando su ubicación en la etapa que vive. Los hombres, en general, se han infatuado e hipnotizado por las maravillas naturales, a tal extremo que han perdido el interés por todo lo que no sea material, con el resultado de que la fuerza moral de su mente y las alturas metafísicas de su fe, se han retardado y desdibujado ante su vista y verdadera vocación.

Cuando el individuo está obsesionado por el deseo de las cosas materiales que exceden a los requerimientos racionales de una existencia decorosa y cuando se dedica a satisfacerlo por todos los medios, nobles e innobles, cae inconscientemente en la trampa del materialismo y se esclaviza, pierde su libertad y su mente ya no trasciende la naturaleza de tal estado para elevarse al dominio de los grandes ideales o aspiraciones humanistas. Su vida espiritual interna se seca y su vida material externa no es más significativa que la del animal de más pobre condición. La civilización material que el hombre ha construido para su felicidad, se convierte así en su propia maldición. Torna sus días vacíos y monótonos, oprimidos siempre por el creciente deseo de más cosas, llenos de temores en su incesante esfuerzo por lograr mayores ganancias, huecos de cualquier estímulo espiritual o consuelo moral.

Es un error generalizar la consideración de que todos los animales y

plantas vivientes son gobernados por la ley de la selección natural y la supervivencia del más apto. Con ello como patrón de medida, se busca explicar y aun justificar el fenómeno de las luchas en la humanidad y de las guerras entre las naciones. Al pensar que los enfrentamientos entre los pueblos fuertes y débiles, y las diferencias entre los ricos y los pobres, son también debidas a esta ley universal en la pugna por la existencia, se está aceptando que sólo hay en este mundo fuerza y autoridad, no razón o verdad. Muchos poderosos en diferentes tiempos se hicieron eco de este concepto evolucionista y confiaron en la fuerza como árbitro absoluto de definición. Pero no se puede endosar con sinceridad esas ideas, al menos en una interpretación personal, porque aunque la fuerza puede encuadrar en la ley del progreso natural, la verdad y la razón aún existen en la conciencia del hombre. La ley de la eliminación natural puede explicar la evolución de las especies animales, pero la verdad y la conciencia deben acompañar la evolución y el progreso de la civilización humana y de su cultura moral.

Mientras que las deficiencias en la organización de la sociedad pueden ser debidas a los efectos de la evolución natural, cómo mejorarlas depende aún de la voluntad y sabiduría humanas.

Entre los animales, la lucha por la existencia es la ley, mientras que los hombres son guiados por el principio de la coexistencia y la asistencia mutua. La sociedad, las artes y las ciencias son su más concreta manifestación. Moralidad, amor, amistad y cortesía son todas ellas formas que expresan ayuda recíproca sin especulación. La humanidad se desarrolla y progresa sólo a condición de que obedezca su ley fundamental; de otra manera, perece. La razón que aún no haya seguido esta ley en gran escala y que muchos hayan en cambio luchado contra ella, parte de los antecedentes del hombre al haberse desarrollado a partir de los animales y del hecho que la etapa de su desenvolvimiento no haya producido todavía un recorrido relativo. La herencia animal o instinto, no ha quedado erradicado o no ha desaparecido en su totalidad. Pero de todas maneras, una vez que la humanidad entró en el período de la civilización, su ser interior se refugió espontáneamente en el principio de la solidaridad, posibilitándose alcanzar la meta fundamental de la evolución humana.

Existen pues marcadas diferencias entre la evolución de las especies y la evolución de los seres humanos, de forma tal que podemos distinguirlos sin margen de confusión.

Los conceptos de libertad y de igualdad dieron un nuevo rumbo a la humanidad. Si ésta puede o no continuar avanzando en la dirección correcta, dependerá de si es o no capaz de conservar la conciencia del valor de su dignidad, en una posición indeclinable frente al retorno a las cavernas. Además debe reconocer que careciendo de coraje para

dominar su deseo de goces materiales o carnales, será un juguete en manos de los protagonistas del materialismo, que apuntan a la destrucción de la civilización espiritual y al bloqueo del camino hacia la evolución y el progreso. Quienes se mantengan firmemente en la línea de acción por la recuperación de la racionalidad, habrán brindado a su nación y al mundo el aporte que les impone su propia condición de seres libres y conscientes de su deber para la comunidad.

Ese es el hombre que coincide en la formulación de Confucio y Hernández.